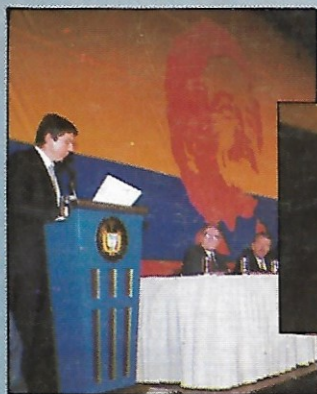


PAZ E INTEGRACION

SEGUNDO ENCUENTRO LATINOAMERICANO

AGOSTO 15 - 16 - 17/91



César Gaviria Trujillo
(Presidente de Colombia)



Pompeyo Márquez
(Senador Venezolano)



Orlando Gaitán
(Campesino del Carare)



Enrique Silva Cimma
(Ministro Relaciones
Exteriores de Chile)



Oscar Arias
(Expresidente de Costa Rica)



DOCUMENTOS
FUNDACION LUIS CARLOS GALAN

AGOSTO 1992

40

SEGUNDO ENCUENTRO LATINOAMERICANO POR LA PAZ Y LA INTEGRACION

DOCUMENTO 40
FUNDACION LUIS CARLOS GALAN

AGOSTO 1992



DOCUMENTOS

FUNDACION LUIS CARLOS GALAN

AGOSTO 1992

40

PAZ E INTEGRACION

Segundo Encuentro Latinoamericano Agosto 15-16-17/91

**DOCUMENTOS FUNDACION
LUIS CARLOS GALAN
Nº 40 Agosto 1992**

**PAZ E INTEGRACION
Segundo Encuentro Latinoamericano
Agosto 15-16-17/91**

Edición
María Mercedes Carranza

Publicidad
Carmen de Schaefer

Carátula
Archivo Histórico

Arte y Composición
Litoformas R.V. Ltda.

Impresión
Litoformas R.V. Ltda.
Tels. 3420936 - 2848041

Representante Comercial
Pedro Joaquín López
Cra. 8a. Nº 19-52 Of. 303
Teléfono 282 22 80

CONSEJO DIRECTIVO

Presidenta
Gloria Pachón de Galán

Vicepresidente
Mario Galán Gómez

Director Ejecutivo
Fernando Sanz Manrique

Principales
María del Rosario Ortiz S.
Gabriel Galán Sarmiento
Gabriel Rosas Vega
Luis Fernando Alarcón Mantilla
Francisco J. Ortega Acosta
Juan Martín Caicedo Ferrer
Andrés Pastrana Arango
Iván Marulanda Gómez
Gustavo Gaviria González

Suplentes
María Mercedes Carranza
Gloria Galán Sarmiento
Arturo Saravia Better
Federico Echavarría Olarte
Ricardo Sala Gaitán
Carlos Upegui Zapata
Patricio Samper Gnecco
Alfonso García Galvis

Revisor Fiscal
Jorge Borda Anzola

Centro de Investigación y Archivo Histórico
Ximena Pachón

Divulgación
Carmen N. de Schaefer
© FUNDACION LUIS CARLOS GALAN
Agosto de 1992
ISBN-958-95372-

Dirección: Calle 34 Nº 15-77
Tels: 2859574 - 2852108 - 2852201

Licencia Mingobobierno Nº 00406
del 17 de Febrero de 1986

Tarifa Postal Reducida Nº 573

FUNDACION LUIS CARLOS GALAN

Programa del

"II ENCUENTRO LATINOAMERICANO POR LA PAZ Y LA INTEGRACION"

Homenaje al Doctor Luis Carlos Galán en el segundo aniversario de su muerte

Lugar: Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada de Santafé de Bogotá.

JUEVES 15 de AGOSTO/91

Mañana

9:00 a.m. Inauguración Exposición de Fotografía
Concurso: "LAS FOTOS DE GALAN"

Palabras del señor Ministro de Justicia, doctor Fernando Carrillo.

Palabras del señor Procurador General de la Nación, doctor Carlos Gustavo Arrieta.

Panel: **La Paz en Colombia**

Profesor Malcolm Deas

Dr. Pierre Gilhodes

Dr. Rafael Pardo

Dr. Alejandro Sanz de Santamaría

Moderador: Dr. Luis Fernando Alarcón, Presidente de la Flota Mercante Grancolombiana y Miembro del Consejo Directivo de la Fundación Luis Carlos Galán.

Tarde REUNION DE JUVENTUDES.

3:00 p.m. Palabras del señor Alcalde de Santa Fe de Bogotá, doctor Juan Martín Caicedo Ferrer, Miembro del Consejo Directivo de la Fundación Luis Carlos Galán.

Palabras del señor Director de Coldeportes, doctor Miguel Angel Bermúdez.

Palabras de Juan Manuel Galán Pachón, hijo de Luis Carlos Galán.

Palabras del Asesor Presidencial para la Juventud, la Niñez y la Familia, doctor Juan Lozano.

4:30 p.m. Palabras del Señor Ministro de Educación, doctor Alfonso Valdivieso Sarmiento.

6:00 p.m. Lanzamiento de la Estampilla Luis Carlos Galán. Palacio de Nariño.

VIERNES 16 DE AGOSTO/91

Mañana

9:00 a.m. APERTURA CICLO DE CONFERENCIAS

Palabras del doctor Gustavo Gaviria González, Director Ejecutivo de la Fundación Luis Carlos Galán.

Palabras de la señora Gloria Pachón de Galán, Presidenta de la Fundación Luis Carlos Galán.

Intervención del señor ex Presidente de Costa Rica, doctor Oscar Arias, Premio Nobel de Paz 1987.

Descanso.

Intervención del doctor Pompeyo Márquez, Senador de la República de Venezuela.

Intervención del doctor Gabriel Rosas Vega, Miembro del Consejo Directivo de la Fundación Luis Carlos Galán, ex Senador de la República y ex Ministro de Agricultura.

Tarde

3:00 p.m. Intervención del doctor Iván Marulanda, ex Senador de la República y Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente.

Intervención del señor Orlando Gaitán en Representación de los Campesinos del Carare - Premio Nobel de Paz - Alterno.

CLAUSURA

Intervención del doctor Luis Fernando Jaramillo, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia.

Intervención del señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, doctor Enrique Silva Cimma.

6:00 p.m. Premiación ganadores participantes del Concurso "LAS FOTOS DE GALAN".

DOMINGO 18 DE AGOSTO/91

11:00 a.m. Misa ofrecida en el Panteón Nacional con la asistencia del señor Presidente de la República doctor César Gaviria Trujillo y señora de Gaviria Trujillo.

Palabras del doctor Alfonso García Galvis - Miembro del Consejo Directivo de la Fundación y autor del Monumento en memoria de Luis Carlos Galán.

Palabras de Juan Manuel Galán Pachón.

Palabras del doctor Mario Galán Gómez, Vicepresidente de la Fundación Luis Carlos Galán.

8:45 p.m. Homenaje en la televisión colombiana a la memoria de Luis Carlos Galán. Cadenas Uno y Dos.

Contenido

A LOS LECTORES	9
<i>Gloria Pachón de Galán</i>	
LA RENOVACION INSTITUCIONAL	11
<i>César Gaviria Trujillo</i>	
PUENTES Y NO MURALLAS ENTRE LOS PAISES	16
<i>Oscar Arias</i>	
HACIA UN ESPACIO ECONOMICO COMUN	22
<i>Enrique Silva Cimma</i>	
INTEGRACION CON SELLO LATINOAMERICANO	30
<i>Pompeyo Márquez</i>	
LA PAZ INTEGRAL	36
<i>Orlando Gaitán</i>	
LAS FOTOS DE GALAN	39
PATROCINADORES DE ESTA REVISTA	45

A LOS LECTORES

"...la sociedad no ha podido resolver el grave problema de la justicia que no sólo depende de la sentencia de los jueces sino del proceso que debemos adelantar contra el privilegio reinante en lo social, lo político y lo económico. No hay justicia en Colombia y mientras no la haya, no aseguraremos la supervivencia de la sociedad, no podremos convivir en paz, ni habrá seguridad para los derechos de todos".

*Palabras de Luis Carlos Galán,
en el primer aniversario de la
muerte de Rodrigo Lara.*

Neiva, 29 de abril de 1985.

Este documento que hoy presentamos a los lectores, recoge lo que en Bogotá se dijo, hace un año, sobre la Paz y la Democracia, en memoria de Luis Carlos Galán. El Presidente de Colombia, César Gaviria; el Expresidente de Costa Rica y Premio Nobel de la Paz, Oscar Arias; el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Enrique Silva Cimma; el Senador venezolano, Pompeyo Márquez y el dirigente campesino colombiano, Orlando Gaitán, se reunieron para hacer el análisis que se aprecia en estas páginas.

En el tercer aniversario de la muerte de Luis Carlos Galán, los colombianos continuamos en la búsqueda de una paz, al parecer cada día más difícil de alcanzar. Sentimos, especialmente cuando muy a nuestro pesar estamos lejos, el sufrimiento del pueblo colombiano ante la frustración de este anhelo, el más justo de todos.

Muchos de los esfuerzos hechos para conquistar la paz y llegar a una plena democracia han sido insuficientes o inútiles porque nos falta la condición esencial sin la cual no pueden darse ni la una ni la otra: La Justicia.

Hoy más que nunca la justicia, cuya estructura sin duda se ha fortalecido en estos últimos años, no depende sólo de los jueces, ni de la correcta aplicación de medidas gubernamentales. Depende fundamentalmente del valor civil de cada colombiano para actuar en conciencia, sin llegar al extremo del implacable e inmatista juicio de responsabilidades, o de actitudes inspiradas sólo por sentimientos personalistas de retaliación, o al otro extremo, el de una posición cómoda y egoísta de permisividad.

Tres años después del asesinato de Luis Carlos Galán, quienes estuvimos cerca de su vida, de su obra y de su sacrificio, y el pueblo colombiano que lo entendió y lo amó, seguimos esperando que en su caso se haga justicia. Y resulta indispensable repetirlo: no sólo el veredicto de los jueces, sino la condena colectiva de un hecho abominable convertido hoy en el símbolo de todo aquello que Colombia debe poner en regla para poder construir su futuro. La condena, ante todo, del terrible poder de soborno del narcotráfico que, una vez más, nos está exponiendo a la desintegración moral.

Esta convicción no proviene de sentimientos de amargura o frustración. La memoria de Luis Carlos Galán y su doctrina permanecerán. La Fundación que lleva su nombre ha contribuido a poner a salvo esa memoria y la entrega para que el pueblo colombiano la integre a su pensamiento y la haga un modo de vida. Para que se recuperen los valores perdidos y a través del ejercicio honesto y serio de la política, Colombia garantice los plenos derechos de todos sus hijos.

Esa es en síntesis la reflexión fundamental que se puede proponer en esta fecha de tan dolorosa recordación. Y en mi caso personal y en nombre de mis hijos, reiterar el compromiso firme de contribuir en la medida de nuestras posibilidades a todos los esfuerzos que se hagan para que Colombia alcance la paz. Δ

*Gloria Pachón de Galán
París, agosto 18 de 1992.*

LA RENOVACION INSTITUCIONAL*

□ César Gaviria Trujillo

Hace dos años caía asesinado Luis Carlos Galán. Cuando con los brazos en alto, sonriente, saludaba a su gente con el símbolo de la victoria y de la paz, la violencia narcoterrorista trunció su vida. Al diluirse su último gesto de confianza en el futuro, de paz y de victoria, entre la angustia y el dolor del momento, el país sintió que la esperanza desaparecía para siempre. A la más infinita de las tristezas, se le sumó el desespero generalizado de los colombianos que veían cómo cobraba vida el tenebroso espectro del triunfo definitivo del narcotráfico, de los enemigos de la democracia y de la paz. Pero sobreponiéndose al desespero, el dolor y la tristeza, fue creciendo en los colombianos una férrea voluntad de recoger las banderas, de impedir que los ideales de Galán fueran arrollados, a sangre y fuego, por los violentos.

Qué equivocados estaban quienes pensaron que el magnicidio más vil y cobarde de nuestra historia podría acabar para siempre con las ideas de renovación y cambio del líder asesinado. Qué ciegos quienes creyeron que la soberbia de las armas podría impedirle a los colombianos construir esa Colombia Nueva que anhelara Luis Carlos Galán. Qué ingenuos pensar que un pueblo, un amante de la democracia se la

dejaría arrebatarse por una minoría criminal. Qué insensatos creer que la intimidación y la muerte podrían algún día derrotar a la voluntad popular. Qué torpes olvidar la lección de la historia que ha demostrado una y otra vez, como diría el propio Galán, que a los líderes se les puede asesinar pero a las ideas no.

Hoy, dos años después del trágico episodio, las ideas de Luis Carlos Galán no sólo están más vivas y más vigentes que antes, sino que inspirados por su pensamiento y por su ejemplo, los colombianos las estamos haciendo realidad. Estamos asistiendo al histórico surgimiento de esa Colombia Nueva que soñará el líder desaparecido.

La Fundación Luis Carlos Galán ha hecho un atinado homenaje al inolado líder liberal al escoger para este segundo encuentro los temas de la paz y la integración en América Latina. En lo interno, no tuvo Luis Carlos Galán mayor obsesión y mayor anhelo que alcanzar la paz. Toda su propuesta política, su forma de entender

* Intervención del Presidente de la República de Colombia, doctor César Gaviria Trujillo, en el acto de instalación del Encuentro

la democracia, giraba en torno a ese objetivo supremo. En el ámbito internacional, Galán figura hoy entre los líderes latinoamericanos más intensamente comprometidos con los ideales de la integración. La unidad de nuestra región siempre figuró entre los temas a los que asigno la mayor energía y atención. Además, Galán siempre entendió que uno y otro, la paz y la integración, estaban íntimamente relacionados.

La Fundación también ha escogido un momento muy oportuno para provocar esta reflexión internacional en torno al tema de la paz. En toda la región se consolidan, avanzan o se inician procesos que buscan darle una salida política, pronta y negociada, a los conflictos que aun desgarran a naciones enteras. La paz y la reconciliación ya no son ideales remotos, sino más bien objetivos viables y realidades tangibles. La discusión que hoy se inicia seguramente servirá para alentar aun más esa tendencia.

En Nicaragua, el afianzamiento de la democracia y la voluntad de paz de las naciones centroamericanas, ha permitido superar los tiempos de la confrontación armada. En El Salvador, el gobierno del Presidente Cristiani y el F.M.L.N. adelantan un diálogo de paz, apoyados por las Naciones Unidas, con el propósito de superar la guerra civil que ha desangrado inmisericordemente a ese país. En Guatemala, el gobierno del Presidente Serrano ha abierto las puertas del diálogo con la guerrilla para avanzar hacia la concordia nacional.

Al hablar del afianzamiento de la paz en Centroamérica no se puede dejar de hacer un sentido reconocimiento a uno de sus principales arquitectos, el doctor Oscar Arias, ex-Presidente de Costa Rica, Premio Nóbel de la Paz y gran amigo, que está hoy con nosotros.

En Colombia, ha culminado el proceso de reforma política e institucional más profundo en un siglo, con la participación activa de cuatro grupos que hasta hace poco empuñaron las armas y hoy buscan contribuir en la construcción de la Nueva Colombia. Además, próximamente se reanudarán los diálogos entre el go-

bierno colombiano y los grupos subversivos que aún persisten en su lucha armada contra el país.

Y más allá de nuestro hemisferio, en Afganistán, Angola y Sur Africa, en el Líbano y Camboya, a lo largo y ancho del planeta, surge una nueva voluntad de resolver los conflictos, superar las diferencias y encontrar salidas civilizadas a los enfrentamientos. Es como si de pronto, el mundo quisiera sepultar un pasado violento que ya lleva demasiado tiempo, para iniciar una nueva vida y encontrar por fin la convivencia pacífica.

¿Cuáles son las fuerzas que se esconden detrás de esta nueva y generalizada búsqueda de la paz? Sin pretender agotar un tema que sin duda será tratado con mayor conocimiento y experiencia por los ilustres conferencistas invitados, quiero hacer referencia a algunos de los factores que parecen estar animando esta incontenible corriente en favor de la paz.

El mundo ha vivido en la última década una revolución silenciosa. Una erupción ha sacudido las raíces más profundas del pensamiento político y de las formas predominantes de ver el mundo. A su paso todos los mitos, todas las ideologías, todas las creencias, se derrumban. Los sacerdotes y guardianes del viejo orden contemplan impotentes como se funden los ídolos y se desmoronan los templos. Han fracasado estrepidamente las utopías de prosperidad y bienestar que esgrimen los violentos para justificar el uso de la fuerza. Las ideologías de la violencia han sido rechazadas en todo el mundo, incluso por los propios pueblos que pretendieron redimir.

Luis Carlos Galán, a comienzos de los ochenta, cuando apenas si se presentía el surgimiento de la crisis del marxismo y la nueva era que estamos viviendo, afirmaba que "La Nación no apoya la guerrilla y ésta se halla aislada con el respaldo de grupos pequeños en zonas determinadas pero sin posibilidad de conquistar el poder. El dogmatismo de la guerrilla y la dificultad para hacer autocrítica ha determinado el sacrificio de centenares de jóvenes idealistas convencidos de la lucha democrática. La justificación de todo

tipo de armas y procedimientos para buscar la victoria mezcló a la guerrilla con la delincuencia común y le quitó la posibilidad de constituirse en alternativa para transformar el sistema político y a través de ellos cambiar la sociedad... Desde hace muchos años, en la izquierda internacional se ha discutido entre la vía armada y la vía democrática para transformar la sociedad. En Colombia, la vía armada ha fracasado y todo indica que fracasará siempre porque la Nación no acepta ni el extremismo ni el sectarismo”.

Una década después, las palabras premonitorias de Galán, mantienen toda su vigencia. La lucha armada en todo el mundo se ha convertido en un camino inaceptable que el pueblo rechaza abiertamente.

A los grupos guerrilleros —en Colombia o en otras partes de América Latina— que aún insisten en la anacrónica vigencia de la lucha armada los va a dejar el tren de la historia. Esperamos que en un acto de audacia y de reflexión, sobre lo que verdaderamente desea el pueblo que dicen defender, se acojan al signo de los tiempos y mediante el diálogo encuentren el camino de la reconciliación.

Otra fuerza que alienta esta incontenible marcha por la paz, es el resurgimiento de la democracia y la libertad en todo el mundo. Quienes vivían en el silencio gris de las dictaduras eternas, en Europa Oriental y en América Latina, hoy bailan irreverentes y jubilosos sobre las viejas murallas derruidas a golpe de democracia. La democracia, el pluralismo y la libertad florecen por todos los rincones y ya nadie los puede atajar.

Colombia no se ha quedado atrás. Aun cuando el carácter democrático de las instituciones colombianas tiene una vigencia de más de 170 años, el régimen político se había quedado resagado frente al vertiginoso proceso de transformaciones sociales que ha vivido el país. Había llegado la hora de realizar una revolución pacífica.

Rompiendo con el pasado, superando las limitaciones de unas instituciones desbordadas por

los acontecimientos, desafiando la intransigencia y derrotando la estrechez de la democracia representativa, el pueblo abrió las compuertas al cambio, a la más profunda transformación política que viviera Colombia en el último siglo. Mediante un referendun y la posterior elección de la Asamblea Constituyente, el pueblo le definió nuevos rumbos a la nación.

La Nueva Constitución de 1991 recoge el anhelo de renovación institucional y profundización democrática del pueblo colombiano. La Nueva Constitución de 1991 sentó las bases para la justicia eficaz, el fortalecimiento del Congreso, la fiscalización real de la gestión pública, la depuración de las prácticas parlamentarias, la transparencia electoral, la participación amplia del país nacional y abrió nuevos caminos para la expresión de la voluntad popular. Eso era lo que quería Galán. Nuestra nueva Carta Política hace realidad el ideario del líder asesinado.

Es mucho lo que ha cambiado el panorama político colombiano. Podría extenderme en los distintos temas que contiene la Nueva Constitución, y que están vinculados estrechamente con la paz, como la vigencia de la democracia participativa, la consagración constitucional de la carta de derechos, las reformas a la justicia, las nuevas instituciones para proteger al ciudadano, el fortalecimiento de la capacidad de fiscalización del pueblo sobre los actos del ejecutivo, el estatuto de la oposición, en fin sobre tantos y tantos aspectos novedosos y relevantes. Pero prefiero no abusar de su generosidad y más bien alentarles a que examinen las grandes transformaciones políticas que está experimentando Colombia.

La necesidad de adelantar esta profunda reforma como mecanismo para aclimatar la paz fue reiteradamente defendida por Luis Carlos Galán. En 1980, el líder liberal afirmaba que “la lucha por la democracia plena es y sigue siendo lo realmente revolucionario del presente siglo. Los colombianos tenemos la ilusión de poseer una democracia, pero todavía nos falta mucho camino para alcanzarla... Tales reformas tienen directa relación con la paz porque no se puede invitar

a los grupos que buscan el cambio a que lo intenten dentro de un sistema que no es completamente libre”.

Las cosas han cambiado. Hoy estamos ante una democracia abierta, libre, participativa, pluralista, respetuosa de los derechos colectivos e individuales. Se han quedado sin argumentos quienes encontraban en las limitaciones de nuestra democracia la justificación para la violencia. La revolución pacífica ha dejado sin piso y sin rumbo a la rebelión armada.

Quienes tuvimos el privilegio de conocer de cerca a Galán y a sus ideas, pudimos apreciar cuan profunda y arraigada era su pasión por la unidad latinoamericana. A comienzos de los ochenta, antes de que se hicieran evidentes las transformaciones que hoy observamos en el sistema internacional, Galán decía “El mundo bipolar que salió de la Segunda Guerra Mundial, que creó dos grandes centros de poder en el planeta, sólo puede evolucionar hacia un mundo multipolar... Nosotros no tenemos otra posibilidad seria y concreta en materias internacionales que la que logremos merced a una integración real de América Latina. Para lograr cambios fundamentales en las oportunidades de nuestros países necesitamos formar esa conciencia, esa mentalidad latinoamericanista en nuestro país”.

Luis Carlos Galán nos daba así la respuesta a la pregunta inevitable que nos hacemos hoy sobre el camino que debe seguir América Latina, ante el nuevo orden mundial. La cuestión sobre cómo podemos contribuir a que el sistema internacional del mañana sea capaz de responder mejor a las aspiraciones de nuestros pueblos ya había sido contestada por Galán, una década antes, con una sola palabra: integración. Si América Latina quiere ser partícipe y protagonista en la construcción de las nuevas realidades mundiales, es indispensable abordar la integración como un misión impostergable.

Muchos son los factores que contribuyen a que ahora la integración tenga hoy una segunda oportunidad. América Latina ha vivido una silenciosa pero profunda revolución democrática. También las barreras proteccionistas que nos

aislaron del mundo y de nosotros mismos se están derrumbando. Es en ese terreno abonado, por la internacionalización y la democracia, en que la integración puede florecer. Colombia no está dispuesta a dejar pasar esta ocasión histórica.

No puedo abandonar este tema sin recordar la afirmación de Galán cuando decía que la política internacional debe apoyar y reflejar la búsqueda de soluciones pacíficas, la voluntad de resolver los conflictos mediante el diálogo, el respeto al pluralismo, la defensa de los derechos fundamentales, el compromiso con los valores y principios de la democracia. Es por ello que nuestra política internacional va de la mano con nuestra política interna. La paz no es posible si lo que predicamos adentro lo traicionamos por fuera.

Cuando se estudian los problemas de la paz no se puede dejar de lado el narcotráfico. La droga es la mayor amenaza a la democracia, la integridad social, la paz y el bienestar en América Latina.

Yo quiero reiterar el llamado de alerta que Colombia viene haciendo hace muchos años. Nadie está inmune de las consecuencias del narcotráfico y la drogadicción. Aprender esa lección a los colombianos nos ha costado una generación de líderes, entre ellos el más grande, Luis Carlos Galán, de jueces, de policías, de ciudadanos, de mujeres y niños inocentes. Nadie debe olvidar que los narcotraficantes, para echar raíces, sólo necesitan un terreno abonado por la indiferencia y la pasividad.

Al tiempo que Colombia adelanta su lucha, ha pregonado la urgente necesidad de que todos los países conformen un frente común contra la droga, porque de lo contrario el crimen sólo cambiará de forma o de nombre para adaptarse a los esfuerzos aislados de uno u otro país. Por años hemos venido sosteniendo que el narcotráfico no es problema exclusivo de un solo país o incluso de un puñado de ellos.

De allí que tengamos que fortalecer la coordinación entre las autoridades de todos los países afectados o potencialmente víctimas del crimen

organizado, para que el esfuerzo de unos no signifique, en el mediano y largo plazo, el desplazamiento del problema hacia otros. La única forma de derrotar a esa cadena criminal, que no tiene patria, y que posee la capacidad y los recursos para moverse por todo el planeta en busca de un terreno abonado para sus ilegales negocios, es enfrentarla con una cadena de solidaridad y cooperación internacional aun más fuerte.

Si hubo una lección que aprendimos de la época de las recriminaciones mutuas entre los llamados países consumidores y países productores fue que mientras batallábamos por quien hacia la denuncia más fuerte, los narcotraficantes avanzaban al amparo de la falta de diálogo y de acciones conjuntas. Los países latinoamericanos debemos iniciar un diálogo, antes de que sea tarde, para impedir la expansión y generalización del tráfico de drogas y sus actividades conexas en la región. La integración latinoamericana, también en la lucha contra la droga, es el camino correcto.

Apreciados amigos:

Hoy nos reunimos para hacer un sentido homenaje a Luis Carlos Galán. Aun cuando nos embarga la tristeza y la nostalgia de su ausencia, también hay motivos para la alegría. Las ideas de Galán han triunfado. Sus anhelos de un futuro mejor se hacen realidad. Sus luchas por la dignificación de la política se ven ahora recompensadas. Su aspiración de una justicia eficaz ha dejado de ser una utopía. Su esperanza de construir un país en paz está al alcance de la mano. A todos sus amigos, a todos los colombianos de bien, nos queda el consuelo de que su sacrificio no ha sido en vano.

Hoy, dos años después de su desaparición, Galán no sólo vive en sus ideas, sino que estará por siempre presente en las instituciones, en la democracia, en el bienestar del pueblo colombiano. En fin, Luis Carlos Galán, será siempre el inspirador y la fuerza detrás de esa Nueva Colombia que ya empieza a hacerse realidad. Δ

PUENTES Y NO MURALLAS ENTRE LOS PAISES*

□ Oscar Arias

La invitación para que me dirija a ustedes esta mañana es una deferencia que agradezco profundamente. Para quienes amamos la justicia, la democracia y la paz, estar aquí es, sobre todo, un deber. Esta actividad de hoy forma parte del homenaje a un colombiano cuya obra y cuya trayectoria alcanzaron una dimensión ejemplar para todos los latinoamericanos, pese a que fueron truncadas brutalmente en su momento más promisorio. Es nuestro deber exaltarlas y comprometernos a darles la continuidad que merecen, especialmente en esta hora de esperanza en que los ideales de Galán empiezan a iluminar los derroteros de América.

Tuve el privilegio de conocer personalmente a Luis Carlos Galán. Estoy convencido de que su desaparición ha significado, para Colombia y para la humanidad entera, la pérdida de un hombre cuyo destino era aportar a la causa de la paz y la democracia aún más fuerza y más solidez... Nunca serán demasiadas nuestras protestas contra la violencia y la intolerancia que cortaron prematuramente su existencia. La historia contemporánea, ensangrentada por la vileza del asesinato político en todo el mundo, le señalará a nuestra América un baldón imborrable en la fecha del 18 de agosto de 1989. Aquel día se

acabó con la vida de un hombre justo, y se colocó un obstáculo al hermoso proyecto de unión de la gran familia colombiana.

Como toda idea, como todo gran proyecto centrado en el respeto y el amor a nuestros semejantes, el designio de Luis Carlos Galán fue abonado por el sacrificio. La sociedad de este país ha dado, recientemente, grandes y prometedores pasos hacia la pacificación y la democratización, sin duda inspirados en las prédicas y en la obra de Galán. Aún en medio de los grandes problemas que quedan por resolver, Colombia se apresta a iniciar esa gloriosa contabilidad de vidas que se salvan, de sufrimientos que se ahorran, y de esperanzas que renacen gracias a la prevalencia del diálogo. Ese reencuentro con la civilización y el humanismo es la más inmediata herencia que hombres como Luis Carlos Galán han dejado a Latinoamérica.

Pero hay otra herencia que ellos labraron en sus sueños y sus ideas: la de la prosperidad y la ausencia de temor y de injusticias. Nosotros

* Intervención del señor expresidente de Costa Rica, doctor Oscar Arias, Premio Nobel de Paz 1987.

estamos obligados a convertir esa herencia en realidad para nuestros hijos. Con Luis Carlos Galán, Latinoamérica dio un paso largo y seguro hacia la plenitud de la vida y de la libertad. Hagamos aquí la promesa de no retroceder. Hoy vengo a rendirle homenaje a Luis Carlos Galán, desde una Centroamérica que sufre problemas muy semejantes a los que encara Colombia. Vengo a rendirle homenaje desde una Centroamérica que ha transitado, en medio del sacrificio y la violencia, en medio del sueño y la esperanza, caminos de dolor que Colombia también conoce.

Centroamérica y Colombia le han dado al mundo pruebas fehacientes de que la guerra y la violencia no son útiles para resolver las controversias. Han demostrado que la guerra es un camino que no conduce a ninguna solución juiciosa. El diálogo y la negociación, por el contrario, se han revelado, allá y aquí, como el medio más viable para organizar un sistema político capaz de permitir la participación de todos los sectores en la solución de nuestros problemas.

En Colombia, la vía electoral permitió la instalación de una Asamblea Constituyente en la que tienen representación todos los sectores políticos, incluyendo a aquellos que, mediante el diálogo, aceptaron deponer las armas e incorporarse a la lucha política. En Centroamérica y en Colombia, la vía electoral se convino mediante el diálogo que produjo el consenso requerido en las horas más difíciles. En ambos casos, se aportaron ideas y energías al fortalecimiento de la democracia. Quienes ejercían el poder aprendieron la lección que hoy se prodiga en todos los rincones del planeta. En esta nueva era de muros derribados y dogmatismos abatidos, a los pueblos se les orienta y se les persuade, pero no se les somete ni se les domina. Como en la democracia el designio de alcanzar el poder por la vía electoral es consustancial en todos los grupos políticos, esa lección es válida para todos los partidos. Eliminado el factor destructivo de la violencia, podemos esperar que el diálogo y el debate futuros desemboquen en la justicia y abran las puertas de la prosperidad a nuestros pueblos. Las experiencias de Colombia y de Centroamérica son una clara orientación para esta América Latina que busca consolidar para siem-

pre su destino democrático.

Hemos sido convocados a reflexionar sobre las posibilidades de la integración latinoamericana. Por eso, no podemos soslayar las razones que tenemos para creer, a veces, que esa integración es un camino ya recorrido. La realidad nos ha integrado dentro de comunes experiencias de frustración, pobreza, despotismo, violencia y explotación. Ese es el camino que recorrimos después de la gran gesta independentista, y del que ahora debemos separarnos para siempre. Sigue el camino de la otra integración, la que ha de unirnos en la democracia, la prosperidad, la paz y la justicia. Debemos recorrer ese nuevo camino con mayor celebridad. No podemos demorar nuestro recorrido durante siglos; debemos recorrer la ruta en pocos años y ojalá en meses. Los pueblos latinoamericanos integrados también en sus aspiraciones más elevadas, no disponen de otros doscientos años para invertirlos solamente en esperanzas.

La integración latinoamericana es un imperativo que ya Simón Bolívar había inscrito en las agendas de nuestras naciones. En casi dos siglos se ha escrito y se ha debatido ampliamente sobre el tema. En él se han basado multitud de propósitos políticos. De él brotaron instituciones y proyectos que no pasaron de simples recordatorios del mandato Bolivariano. Hay, sin duda, poderosos intereses que obtienen ventajas de la disgregación política, cultural y económica de nuestra gran patria latinoamericana. Esos intereses han conspirado para conducir al fracaso todos los esfuerzos integracionistas. Sin embargo, aún conservamos la esperanza. Así como ha sido posible, en la mayoría de nuestros países, coincide en que la democracia es la única opción política viable, también es posible convencer a todos los grupos de poder de que, sin una América Latina más unida, nuestro futuro estará en peligro. Sólo los procesos de integración política y económica, intentados bajo el auspicio de las instituciones democráticas y del respeto a los derechos fundamentales de los seres humanos, han resultado promisorios aun cuando involucren a naciones de una gran diversidad.

Pareciera, entonces, que el éxito de la integración depende más de la homogeneidad institucional, garantizada por la práctica de la democracia, que de la homogeneidad étnica, religiosa o lingüística. Si esa conclusión fuera correcta, sería una mala noticia para quienes creemos en la necesidad de apresurar la integración latinoamericana. Podemos, no obstante, ser optimistas, en momentos en que, por primera vez en nuestra historia, en todas las repúblicas latinoamericanas, a excepción de Cuba, rigen gobiernos surgidos de la voluntad popular expresada en comicios libres y pluralistas, en momentos en que estamos preparados para llenar los requisitos democráticos previos a la integración. Es posible que el momento de nuestra integración esté próximo, por que próximo está el momento en que la democracia y el respeto a los derechos humanos prevalecerán en todos nuestros países.

No quiere decirse con esto que la libertad, la paz y la justicia se han consolidado en todos los rincones de América Latina. Nos queda mucho camino por recorrer. A pesar de ello, la situación actual nos revela que nuestros pueblos están firmemente dispuestos a rechazar las opciones totalitarias; esas que en el pasado les arrebataron la libertad a cambio de unas promesas de bienestar jamás cumplidas. Nos revela que los latinoamericanos hemos abandonado, por fin, el impaciente sectarismo del ayer, para ensayar la búsqueda de la justicia y la paz por el camino de la democracia y la libertad. Ya la experiencia democrática de Costa Rica nos dice que la mejor aproximación a la justicia social lograda hasta ahora en América Latina, se ha alcanzado sin recurrir a la dictadura, ni a la represión, ni a la guerra.

Los acontecimientos mundiales de los últimos años confirman nuestra sospecha de que los utopismos totalitarios no eran, simplemente un sueño. Es más, era una pesadilla destructora, inducida en las mentes de naciones enteras, adormecidas por la droga de la propaganda. Eran la promesa de una justicia inalcanzable, que se pagaba al precio de una deshumanización sin esperanza. América Latina ha de aprender de esa lección. Pero no basta con eso. No debemos

olvidar, que hasta hace muy poco tiempo, la realidad política del mundo estaba marcada por la existencia de dos bloques colosales, que pretendían controlar la política internacional e imponer en todas partes determinadas formas de gobierno. En nombre de una indefinida democracia occidental y cristiana, algunas de las peores dictaduras latinoamericanas sojuzgaron, torturaron y depredaron. En nombre de una justicia propuesta para el más indefinido de los futuros, el régimen comunista de Cuba priva a su pueblo, no sólo de la libertad, sino también de las más elementales posibilidades de mejorar sus condiciones de vida.

La democracia hemisférica, se enfrenta a delicados y graves problemas. La insurgencia es casi endémica en muchos de los países latinoamericanos. Hoy quiero expresar mi honda preocupación por lo que ocurre en Guatemala. Nos ha horrorizado la noticia de que, en lo que va del año, más de mil personas han muerto en aquella nación a causa de la violencia política. Hace pocos días, once personas fueron asesinadas y sus cadáveres lanzados a la vía pública como trágico recordatorio de que en Centroamérica la paz y la tolerancia aún no se consolidan. Resulta inadmisibile, que en esta hora de esperanza democrática en todo el hemisferio, en Centroamérica sigan matándose entre hermanos. Estremece pensar que la tierra que vio nacer el proceso de paz de Esquipulas es mancillada de nuevo por la violencia y la muerte.

Las instituciones latinoamericanas no garantizan siempre la participación permanente de los ciudadanos en la vida política. Deben desarrollarse en la región múltiples instituciones que conviertan en realidades a las aspiraciones democráticas de los pueblos.

Para la democracia de América Latina, uno de los retos fundamentales son las fuerzas armadas como frecuentes antagonistas del Estado de Derecho. En la mayoría de nuestros países, los militares han sido quienes durante largos períodos, han definido los límites de la autoridad civil. Sería muy simplista afirmar que las instituciones castrenses son fuerzas autónomas que se conducen aisladamente. Detrás de ellas pueden

encontrarse grupos de interés que las manipulan y las inducen a irrumpir en la política, a violentar el Derecho, y a ejercer la represión. Pero como ocurre en toda relación de poder en la que los ciudadanos no son los árbitros definitivos, en algunos países latinoamericanos los militares lograron convertir en rehenes a sus aliados políticos. Los funcionarios civiles quedaron subordinados a los ejércitos, y estos lograron que sus integrantes quedaran impunes ante la justicia.

En casi todo el mundo están produciéndose cambios, cuya consecuencia natural debe ser una disminución de la importancia que hasta ahora han tenido las instituciones militares. En efecto, la guerra fría ha llegado a su fin. Se han desmantelado los sistemas unipartidistas de Europa, Asia y África; se han retirado de Europa Central las tropas Soviéticas de ocupación...

Quienes conocen la historia de América Latina saben muy bien que las dictaduras militares son un fenómeno recurrente. Nunca ha sido fácil mantener en los cuarteles a los ejércitos dedicados solo a sus funciones de defensa. Muy pocos pueblos de la región pueden dormir tranquilos una noche ante la posibilidad de que, al amanecer, los militares se alcen con el poder. Los costarricenses podemos hacerlo porque hace más de cuatro décadas disolvimos el ejército y lo proscribimos mediante una norma constitucional. El desafío que los ejércitos representan para el desarrollo democrático latinoamericano, trae consigo otro reto de igual gravedad: el gasto militar. Este problema adquiere gran significado cuando lo analizamos en el contexto de la debida asignación de los escasos recursos económicos de que disponemos. De la prudente distribución de esos recursos depende que puedan fortalecerse las nascentes instituciones democráticas del hemisferio. Si bien no es viable la súbita eliminación del gasto militar en toda América Latina, si es posible reducirlo sustancialmente. Pero antes hay que alcanzar la paz interna. La guerrilla debe entender que aquí, y en todo el orbe, el poder jamás se obtendrá por medio de la guerra. El día que silenciemos las armas y podamos disminuir el tamaño del sector militar, entonces podremos mejorar sustancialmente

las condiciones de vida de nuestros pueblos y consolidar nuestros sistemas democráticos. El gasto militar anual de los países en vías de desarrollo, expresado en dólares constantes, se quintuplicó entre 1960 y 1988. En este último año fue el orden de los ciento setenta mil millones de dólares. Durante casi dos decenios, el gasto militar de esos países creció a un ritmo dos veces más rápido que el ingreso per cápita de sus habitantes.

Por otra parte, es moralmente inaceptable el enriquecimiento de las sociedades, cuando es producto de la miseria y del sufrimiento de nuestros semejantes. El suministro de armas a los países en vía de desarrollo, fuente de riqueza para algunas sociedades, ha condenado a la miseria a millones de seres humanos, muchos de ellos en América Latina. Los recursos que las naciones ricas destinan a gastos militares también deben disminuir. Es necesario que se dediquen a modernizar la sociedad, a rescatar el medio ambiente, y a promover la cooperación internacional.

Hablar de la consolidación de nuestras instituciones democráticas entraña encarar el desafío de modernizar nuestras sociedades. La búsqueda de la modernización está íntimamente ligada al desarme y a la desmilitarización. En realidad, el problema fundamental no es la escasez de recursos, sino, más bien, la promoción de las libertades democráticas y del desarrollo.

Modernizar la sociedad significa discernir los aspectos humanizantes de la ciencia y la tecnología, y ponerlos al servicio de las grandes mayorías. Así, esa sociedad será cada vez más igualitaria, más compatible con las necesidades espirituales y materiales de los individuos. Significa erradicar las frustraciones morales, que en medio de la riqueza, arrastran a los jóvenes al vicio. Significa brindar seguridad a los niños y a los ancianos, y convertir las ciudades en ambientes propicios para gozar a plenitud la vida. Significa poner la educación y la salud al alcance de todos, como un derecho, y no como una dudosa posibilidad para los menos favorecidos. Significa, en suma, redefinir las relaciones humanas para

que sean el resultado de una voluntad colectiva, según la cual a nadie le falte lo indispensable.

En nuestro tiempo hemos procedido en contra de la vida, en contra del deber que tenemos de preservarla. Hemos contaminado el ambiente, hemos extinguido un incalculable número de especies animales y vegetales, y hemos puesto en peligro a la mayoría de ellas. Hemos destruido gran parte de la belleza de nuestro planeta, y lo que constituye la mayor de nuestras faltas, amenazamos la existencia de nuestros descendientes. El daño que ya infligimos a la atmósfera, a los mares y a los continentes podrían ser irreversibles. Si así fuera, nuestras generaciones habrían cometido el más monstruoso de los genocidios, el genocidio definitivo.

La coincidencia democrática, como requisito para la integración, no será posible sin una cooperación internacional que propicie el reajuste de nuestros objetivos comunes, y la reasignación de nuestros recursos para alcanzar esos objetivos.

Los países desarrollados deben dedicar cada vez más recursos a la cooperación internacional para el desarrollo. En nuestro tiempo es indiscutible el principio de justicia que se cumple con la cooperación. Si hasta hace poco tiempo las relaciones entre el Este y el Oeste, se caracterizaban por la tensión y el enfrentamiento ideológico, las relaciones entre el Sur y el Norte siguen caracterizándose por la injusticia, la indiferencia y el desequilibrio. Esta sería razón suficiente para justificar la demanda de que una parte de los recursos que liberaría el desarme, se dedique atender las necesidades de cooperación con los países menos desarrollados. Tan pronto como las naciones industrializadas reduzcan sustancialmente el gasto militar, podrán aliviarle a nuestros países la carga de la deuda externa y podrán ofrecernos una ayuda coordinada que nos permita desarrollar ordenadamente nuestras riquezas potenciales.

Amigas y Amigos:

Pero no basta con consolidar la democracia. La búsqueda de nuevas alternativas para la

integración no podrá iniciarse mientras no se creen las condiciones necesarias para que haya paz y reconciliación en nuestro hemisferio.

Vengo de un pequeño país que hace muchos años decidió resolver sus problemas mediante el derecho y la democracia. Los costarricenses sabemos que existen mejores opciones que el empleo de la fuerza o la coerción para lograr la seguridad. Por experiencia propia sabemos que los países en vías de desarrollo son los que más dependen de la vigencia del derecho internacional. Por eso, nuestros países están llamados a propiciar el fortalecimiento de las instituciones jurídicas que lo garantizan.

El proceso de pacificación de Centroamérica tuvo como base jurídica no sólo la soberanía de cinco pequeños Estados, sino también un acuerdo de paz respaldado por el más amplio reconocimiento de la comunidad internacional. Ese instrumento se impuso a todas las presiones externas que se exponían a la causa de la paz. He dicho reiteradamente que el primer muro en caer no fue el de Berlín. Ese muro de incompreensión e intolerancia también debe caer en Colombia. Ahora tenemos que hacer de nuestras fronteras lo menos parecido a aquellos muros, a aquellos obstáculos opuestos a la paz. Puentes y no murallas, han de ser nuestras fronteras.

El diálogo nos ha permitido sentar las bases de una paz duradera. También nos será útil para persuadir a los gobiernos de la región de que perfeccionan las instituciones democráticas, o las establezcan ahí donde no existen. La mutua supervisión en materia de derechos humanos y de legitimidad electoral debe ser aceptada por todos los países, en el seno de las instituciones supranacionales apropiadas. Una conducta de confianza recíproca, desprovista de nacionalismos estrechos, es la mejor precursora de la integración.

Las naciones latinoamericanas deben animarse unas a otras para apresurar los procesos internos de la democratización y pacificación. En este sentido, son alentadoras las negociaciones que sostienen los gobiernos de El Salvador y

Colombia con los grupos insurgentes, a fin de lograr que abandonen la acción militar y se incorporen a la vida política.

Nuestra integración es un asunto de urgencia. Es indispensable adoptar modalidades que nos permitan unir intereses para negociar en pie de igualdad con las grandes potencias económicas. Esto será posible en la medida en que avancemos en el proceso de democratización de nuestras sociedades. Así se propiciará un mínimo de homogeneidad institucional y política.

Amigas y amigos

Hemos invocado la memoria de un gran colombiano para reunirnos en esta jornada de refle-

xión sobre la suerte común de nuestras repúblicas.

Pensamos en la integración y vemos que mucho tiempo ha pasado desde que se nos propuso por primera vez. Sí, ha sido demasiado tiempo. En la integración radica parte de la libertad y la prosperidad futuras de nuestros pueblos. Por esa libertad y por esa prosperidad se sacrificaron y siguen sacrificándose hombres como Luis Carlos Galán. Hagamos de este homenaje de hoy el inicio de un homenaje permanente a todos ellos.

Dispongámonos a crear las condiciones necesarias para que la integración de nuestros pueblos tenga lugar muy pronto, con justicia, en paz y en libertad. Δ

HACIA UN ESPACIO ECONOMICO COMUN*

□ Enrique Silva Cimma

Voy a decir unas palabras previas antes de entrar en el tema de mi exposición. En nuestra historia surgen, en ocasiones, hombres que están llamados a constituirse en símbolos de los valores e ideales que abrazaron con ejemplar consecuencia. Hombres, que guiados por la nobleza de sus convicciones, jamás se inclinan ante los obstáculos y amenazas que los acechan, y que encaran con singular lucidez y coraje los desafíos que les imponen las circunstancias. Hombres que por la humanidad que irradian saben representar, mejor que muchos, los secretos anhelos de sus semejantes, y que por eso son asumidos como banderas de esperanzas por sus pueblos. A esta clase de hombres —lo sabemos— perteneció Luis Carlos Galán.

Su figura, a dos años de su muerte, ilumina con renovada fuerza la causa en la que comprometió su existencia: la de una Latinoamérica concertada en paz y democracia, orientada hacia el progreso y bienestar de sus pueblos, asentada firmemente en la justicia y en el respeto irrestricto de los derechos del hombre. Dotado de una penetrante comprensión de la realidad social, Luis Carlos Galán supo rescatar y conjugar las mejores tradiciones cívicas y éticas de su pueblo con una visión moderna y renovada de las

urgentes tareas que la época actual demandaba a su patria y a todas las naciones latinoamericanas, cuyo destino concebía ineludiblemente tramado.

Si con decisión y firmeza concurrió a imprimir un nuevo espíritu a la convivencia de su país, enfrentando a las criminales fuerzas que pretendían socavarla, con igual temple se prodigó incansablemente para que en todo el continente prevalecieran las condiciones que están asociadas a la dignidad humana.

Y en horas particularmente difíciles para mi pueblo, cuando la libertad estaba desterrada de Chile, Luis Carlos Galán nos salió al encuentro con la solidaridad de Colombia. Lo conocimos. Nos distinguió con su amistad. Con él compartimos la dura lucha por restablecer la democracia quebrantada. Su aliento y su estímulo nos acompañaron cuando más lo requeríamos. Y también su certera percepción de estadista. Fue entonces la oportunidad propicia, en conjunto con otros latinoamericanos, para confrontar expe-

* Intervención del señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, doctor Enrique Silva Cimma.

riencias, expresar inquietudes, analizar problemas, examinar nuevas perspectivas que permitieran conquistar un futuro promisorio para nuestros pueblos.

Luis Carlos Galán no pudo ser testigo de sus obras, no pudo ver la nueva fase institucional por la que resueltamente ha comenzado a transitar Colombia. Tampoco pudo saludar al Chile libre y democrático. Manos asesinas lo impidieron. Pero no lograron —jamás lo podrán hacer—, que su espíritu deje de estar presente en estas realidades que él contribuyó tan decisivamente a forjar. Nada puede parecernos más significativo, por tanto, que reencontrarnos, convocados para la memoria de este ilustre colombiano, para prolongar ese diálogo que iniciamos un día y cuya muerte, lejos de interrumpir, no hace más que acrecentarlo bajo su fecunda inspiración.

Señoras y señores:

Referirse a los asuntos fundamentales que hoy conciernen con tanto apremio a América Latina —aquellos relativos a la consolidación de la paz y de la democracia, a las posibilidades de su integración y desarrollo— resulta, en verdad, ejercicio estéril si no se los vincula con los prodigiosos y sorprendentes cambios que están aconteciendo en la escena mundial.

Pareciera ser que justo cuando presumíamos de conocer las claves y leyes del devenir histórico esa misma historia se ha encargado espléndidamente de aventar tan ingenua pretensión. Los procesos que actualmente están en curso han echado por tierra toda predicción anterior. Y aún para muchos de ellos es aventurado suponer su desenlace. Lo único cierto es que una configuración inédita comienza a predecir los pasos de la humanidad, como si ésta no hubiera podido sustraerse al poderoso influjo que significa traspasar la frontera de un nuevo milenio.

Pero no pretendo detallar aquí las dinámicas transformaciones que con celeridad pasmosa han trazado un panorama por completo diferente al que dominaba en el mundo hasta hace algunos años. Por lo demás son por todos conocidas: creciente globalización e interdependen-

cia, fin de las realidades autárquicas, ocaso de las ideologías, término de la guerra fría, reperfilamiento del paradigma del Estado-Nación, conformación de poderosos bloques económicos, avance prodigioso de las tecnologías, para que seguir.

Sólo quiero destacar el elemento decisivo, el resorte poderoso que en último término ha desencadenado y hecho posible todo este formidable proceso de cambios. Me refiero a la libertad y a los valores y prácticas que de ella emanan. El hombre de nuestros días, después de múltiples avatares, y pesadillas, se ha reencontrado con el atributo que le confiere su peculiar privilegio como sujeto de devenir universal. Una impetuosa oleada de libertad, que compromete los distintos pliegues de la existencia humana, recorre hoy los rincones del planeta. También este continente.

A la vista de todos ha emergido un nuevo mapa de América Latina: el mapa de sus democracias, mapa que por mucho tiempo, demasiado tiempo, estuvo oscurecido y mutilado en diferentes partes por autoritarismos de diverso signo. Este acontecimiento representa —qué duda puede haber— uno de los hechos de mayor significación y trascendencia desde que nuestras naciones obtuvieron su independencia. Como tal, es también el referente esencial e insustituible —el único posible— para asumir los desafíos que esta promisorio pero crucial época plantea a Latinoamérica.

El primero de ellos, el más imperioso de todos, —por ser la condición de los restantes—, es el de la propia democracia. Si queremos que ella se instale definitivamente en nuestra región, y que no sea una primavera fugaz, debemos concertar nuestros esfuerzos para profundizarla y perfeccionarla, sólo así habremos de avanzar con seguridad en el camino de la paz, la integración y la participación activa en el nuevo orden internacional que se está configurando. Esa es la gran lección que hemos aprendido en estos años.

Debemos declarar que el último tiempo ha sido auspicioso en esta materia. Con profunda

satisfacción, y en lo que constituyó todo un símbolo para los chilenos, en el reciente mes de junio nuestro país fue sede de la Vigésima Primera Asamblea General de la OEA, el "Compromiso de Santiago", suscrito por representantes de gobiernos en su totalidad surgidos de la voluntad popular, ratificó que esa fue una reunión de demócratas para respaldar la democracia y un claro signo de la renovación en la que ha de comprometerse ese organismo.

Sólo hace unas semanas se ha celebrado la primera cumbre Iberoamericana, inaugurando un nuevo espacio de concertación para nuestros países, esta vez en el marco de la comunidad donde tienen origen nuestras raíces históricas y culturales, pero donde también ahora convergen con fuerza los valores de la democracia, la solidaridad y la cooperación.

Tales citas se inscriben y prolongan un activo tejido de vínculos y de instancias bilaterales y multilaterales —en este último caso con interlocutores diferentes—, que lejos de entrañar esquemas de concertación incluyentes o sustitutivos, se orientan a rearticular —así lo creemos— la capacidad política de la región bajo una modalidad abierta, plural, flexible, en consonancia con las dinámicas que hoy imperan en la escena internacional. Esta revitalizada integración política es la que debe estar antes que nada al servicio de la democracia, y de manera muy especial, al servicio de la causa de los derechos humanos.

En la nueva etapa por la que está transitando la humanidad, que ha permitido sacudirnos de visiones en extremo instrumentalistas e ideologizadas del hombre, la observancia de los derechos de las personas es una exigencia universal irrestricta. Como tal, ya no admite que se la pueda colocar bajo ningún punto de vista en contradicción con otros principios que rigen y regulan las relaciones entre los Estados. Ella es la norma básica, el fundamento moral y jurídico de toda convivencia civilizada, tanto nacional como internacional. Por lo mismo, su defensa es una tarea permanente, irrenunciable. Tanto o más cuanto que el respeto a los derechos huma-

nos es la condición y la realización misma de la paz.

Nuestro continente —con que dolorosa desazón lo debemos reconocer— no ha sido ajeno a la violencia. A todos los tipos de violencia. A las peores formas de violencia. Han sido muchas y muy diferente sus causas y sus agentes. Ella ha teñido nuestra vida social y política. En ocasiones, ha perturbado incluso la convivencia entre los Estados.

Pero creo compartir con ustedes la firme certeza de que nuestro continente tiene una profunda vocación de paz. América Latina desea la paz, la necesita, la busca, y tiene razones más que suficientes para hacerlo.

La democracia constituye el hábitat natural de la paz. Posee la potestad y los instrumentos necesarios para que así sea: la plena vigencia del Estado de derecho, el estricto apego al derecho internacional, al igual que normas de justicia y equidad para armonizar la vida colectiva. Pero además ella es el ejercicio, hecho sistema, del diálogo en vez de la agresión, de los acuerdos y no del enfrentamiento, de la razón que prevalece sobre la fuerza.

En momentos en que la paz mundial predomina sin apelar al equilibrio del terror nuclear, en que se desarma el mapa de la guerra fría, y cuando concurren las condiciones para que Naciones Unidas materialice plenamente los fines y objetivos que la humanidad alentó al crearla, se hace imperativo pacificar el territorio de Latinoamérica. Pienso que hemos dado significativos pasos en esa dirección.

Preferentemente en lo relativo a la violencia política que, gestándose al interior de nuestras sociedades tendió a traspasar fronteras y a comprometer seriamente la estabilidad de extensas zonas de la región. Existe coincidencia que la clave para revertir esta situación ha sido la activa movilización de los gobiernos democráticos, que en forma coordinada y respetando celosamente el principio de no intervención y la soberanía de los países afectados, y en conjunto

con ellos, han sabido promover y acordar exitosas fórmulas para desactivar estos escenarios de conflicto e impulsar su plena normalización democrática. Ese y no otro debe ser el camino de América Latina.

En particular, nuestro país valora y apoya decididamente los importantes logros de paz alcanzados en Centro América. Así se lo manifestó el presidente de Chile, don Patricio Aylwin, a los mandatarios de esas naciones, al tener el privilegio de ser acogido en la conferencia realizada recientemente en El Salvador. La experiencia ha demostrado que cualquier otro expediente para construir la paz con armas ajenas a la paz, sólo ofrece resultados efímeros y precarios.

Pero no sólo hay que desactivar los conflictivos focos del presente. También hay que curar las heridas del pasado cercano. La paz exige la reconciliación. Tal ha sido el espíritu que anima a Chile en este período de consolidación democrática. Y que instó a su gobierno a crear la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación para que esclareciera las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en años anteriores.

Debemos declararlo: la acogida de su informe por parte de nuestra sociedad fue ejemplar, constituyendo una de las más importantes contribuciones a la pacificación de los espíritus. Ha permitido restituir a las víctimas su dignidad, otorgar a sus deudos reparaciones y la solidaridad para sobrellevar su tragedia; además, y dentro de las posibilidades que ofrece nuestro marco legal, ha aportado antecedentes para la acción de la justicia. Pero por sobre todo, ha dado lugar a generosos gestos de reencuentro que ensancha el camino para superar definitivamente los odios y las divisiones que durante años desgarraron a nuestro país.

El espíritu de paz y solidaridad, fundado en el ejercicio de los valores democráticos, que hoy prevalecen al interior de nuestras sociedades, necesariamente han de proyectarse sobre las fronteras y presidir la convivencia y las relaciones entre las naciones de Latinoamérica. Los

residuos de viejas querellas y conflictos, los absurdos recelos, las desconfianzas de todo tipo, han de ceder su lugar a los impostergables compromisos de la cooperación y de la integración que hoy nos requieren con urgencia.

Con profunda satisfacción y orgullo, como chileno y latinoamericano, no puede dejar de mencionar en este Foro sobre la paz y la integración, los trascendentales acuerdos que hace muy pocos días se han celebrado entre la República Argentina y mi país para resolver los problemas de límites que aún estaban pendientes.

Como se sabe la frontera que nos une es de las más extensas y difíciles del mundo. Ello ocasionó en el pasado no pocos obstáculos y, por momentos, graves tensiones en nuestras relaciones. De alguna manera, siempre constituyó un impedimento para profundizar intereses y coincidencias comunes. Un gran paso para allanarlos fue el Tratado de Paz y de Amistad de 1984, auspiciado por Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

Con todo, aún subsistían en 24 sectores fronterizos problemas de demarcación por precisar. Los mecanismos para resolver estos asuntos pendientes son los que han venido a sancionar los documentos firmados por los presidentes Menen y Aylwin recientemente en Buenos Aires. En 22 de los puntos se ha alcanzado un completo acuerdo para su delimitación, los que serán ejecutados por la Comisión Mixta de Límites. También se ha alcanzado un completo y feliz acuerdo en lo que se refiere a la difícil zona de los denominados "Hielos Continentales" el que ha de ser presentado para su ratificación a los respectivos parlamentos democráticos de ambos países.

Finalmente, en lo que concierne al sector de la llamada "Laguna del Desierto", se ha acordado someter este asunto al arbitraje de un tribunal compuesto por 5 prestigiosos juristas latinoamericanos en un hecho que no tiene precedentes en nuestro continente. Por primera vez dos países de América Latina para resolver pacíficamente sus controversias fronterizas ha decidido apelar a la sapiencia, probidad y equidad de jueces latinoamericanos.

Pero estos acuerdos de límites han sido a la vez el preciso marco para suscribir un importante conjunto de instrumentos que impulsan de manera decisiva la cooperación y la integración Chileno-Argentina. Entre ellos, cabe destacar de manera especial, el tratado para protección y preservación conjunta del medio ambiente, el protocolo para el aprovechamiento de recursos hídricos compartidos, el muy importante acuerdo de complementación económica, —que incluye aspectos comerciales, financieros, productivos, energéticos, tecnológicos y de servicios—, además de otros mecanismos para facilitar la coordinación de asuntos de interés común. Ha sido, en verdad, un hito histórico que consolida entre Argentina y Chile sus vínculos de paz inalterable y de amistad perpetua. Hoy podemos anunciar a Latinoamérica que los macizos de Los Andes Australes son fronteras de paz y de integración.

La construcción de la paz es una tarea incesante, que no pide ni da tregua. En cada momento, irrumpen nuevas amenazas, o recrudecen otras fuentes de agresión que se empeñan por quebrantar la pacífica convivencia de los pueblos, con una ferocidad que aumenta a medida que más abyectos son sus móviles.

Es el caso del narcotráfico, que si bien constituye una lacra universal, se ha ensañado con particular violencia en América Latina. Debemos admitirlo: el narcotráfico ha dejado de ser un problema delictual y local y se ha convertido en un peligro que ataca la raíz misma de nuestras sociedades y la estabilidad y seguridad del conjunto de nuestras Naciones. Como tal debemos encararlo. Es urgente que movilizemos todas nuestras capacidades sociales e institucionales, y que cooperemos sin reservas, coordinando esfuerzos para enfrentar este flagelo común. Con respeto por la soberanía e integridad territorial de nuestros Estados, con comprensión por realidades y por visiones no siempre coincidentes, pero con la decisión y convicción de que sólo la acción concertada es la única garantía eficaz para proteger a cada uno de nuestros países y a sus ciudadanos.

Más que nunca reafirmamos nuestra voluntad y disposición para ampliar y profundizar acuer-

dos y programas, tanto a nivel multilateral como bilateral, en vista a implementar estrategias en consonancia con la escala y con las formas que en la actualidad adopta el narcotráfico, y que ataquen simultáneamente todos y cada uno de sus aspectos y etapas.

Estamos igualmente convencidos que a este decidido combate no deben sustraerse los países industrializados, principal destino de los circuitos de la droga. Pero ellos han de entender que el fenómeno del narcotráfico en estas latitudes no se agota en su dimensión represiva y judicial, sino que posee complicadas derivaciones económicas, sociales y políticas, que también deben ser asumidas con su cooperación.

Debemos ser capaces de controlar y erradicar el flagelo de la droga y del narcoterrorismo, así como cualquier otro agente de violencia. La concertación política en torno a valores y prácticas compartidas hace posible ahora más que nunca el logro de tales metas. Pero ello necesariamente implica imprimir un nuevo sesgo a nuestras democracias, tornándolas modernas, eficaces. Por sobre todo ellas han de ser equitativas. Es imposible pensar siquiera en su estabilidad y consolidación si permanecen las enormes barreras que hoy condenan a la marginalidad y a la pobreza crítica a amplios segmentos de la población.

Tal empresa supone, insoslayablemente, asentar sobre sólidas bases el crecimiento y el desarrollo económico, no tan sólo para elevar el nivel de vida de nuestros pueblos sino también su capacidad de vida, hoy día objeto de serias amenazas.

En efecto, la protección del medio ambiente es igualmente una tarea ineludible. Nuestro continente, con una riqueza natural y ecológica exuberante, hoy se ve sometido a los mismos males que envenenan al resto del planeta: contaminación atmosférica, alteraciones climáticas, deforestación, ruptura de los ecosistemas, pérdida de la biodiversidad. El éxito para revertir estos fenómenos, en el marco del respeto al uso soberano de los recursos naturales, dependerá de los aportes tecnológicos y financieros que dispon-

gamos; teniendo presente que la responsabilidad de la solución recae básicamente sobre los países desarrollados que, por sus patrones de industrialización, son los que más han contribuido a generar el daño que hoy afecta a nuestro entorno.

Hacer compatible la democracia política, la equidad social y el crecimiento económico es el crucial desafío que hoy se nos plantea. Es un desafío gigantesco, como tal vez no lo tuvimos en ningún momento de nuestra historia. Pero que tiene al menos la ventura de hacernos frente en una coyuntura cruzada por dinámicas que inauguran nuevas coordenadas para encararlo. En estas coordenadas debemos también inscribir el hasta ahora tan anhelado pero tan esquivo asunto de nuestra integración económica.

En la actualidad América Latina comienza a vivir uno de los momentos de mayor afinidad en el trazado de sus políticas económicas. La mayoría de los países —con grandes sacrificios y de acuerdo a sus posibilidades— se encuentra abocado a potenciar y a liberalizar sus economías a través de programas de ajuste y de apertura. En Chile conocemos bien este proceso, con sus rigurosos costos, pero igualmente con sus claros beneficios.

Por lo mismo, estamos convencidos que bajo el signo de las corrientes que hoy imperan en el mundo, no es posible volver atrás en este camino. Mas aún, creemos que él indica la única alternativa para ir tejiendo, progresivamente y de un modo flexible, la integración de nuestras economías y de su inserción en el sistema internacional. Es lo que mi país está intentando resueltamente realizar por la vía bilateral, dentro del marco de los acuerdos y orientaciones de nuestros propios organismos regionales.

Es oportuno recordar que la vocación y el compromiso de Chile con la Integración Latinoamericana obedece a una constante profundamente arraigada en su tradición histórica, cultural y política. Estuvo presente en nuestro origen como república, cuando aunamos esfuerzos con las demás naciones del continente

para conquistar nuestra independencia. Lo está así mismo ahora, cuando convergemos en democracia reconociendo un amplio y apremiante horizonte de fines, tareas, y propósitos comunes. Y lo está incluso con mayor vigencia, de manera más cercana, con mayor factibilidad, precisamente en la medida en que nuestros instrumentos económicos tienden a confluir hacia una mayor afinidad.

En virtud de eso debemos ser claros: la apertura externa que hoy singulariza a la economía chilena es perfectamente compatible con la decisiva importancia que asignamos a nuestros vínculos con América Latina. Se trata de políticas absolutamente complementarias. Una economía que aspira a hacer moderna se caracteriza por su permeabilidad para responder a los requerimientos de una realidad globalizada y por su plasticidad para proyectarse a todos los espacios de intercambio. Al operar así, se disuelve por fin el falso dilema entre apertura externa e integración regional, emergiendo éstos como ejes coincidentes, que se autorrefuerzan, y que en modo alguno revelan factores antagónicos.

Desde esta perspectiva reconocemos la validez y los progresos sostenidos de los diferentes esquemas de integración subregional, que habrán de converger paulatinamente en la formación de un espacio económico común. Es el caso del mercado común del cono sur, del Grupo Andino, de la proyectada zona de libre comercio de Norte América, de la Aladi, como centro de concertación de estos procesos, dentro de cuyo marco se inscriben los acuerdos bilaterales que Chile impulsa.

Sólo cabe pedirles a estos esquemas subregionales que profundicen sus mecanismos con coherencia, renunciando a las tendencias proteccionistas y constituyentes más bien en estadios previos del ejercicio pleno de libre comercio.

Cuando se están configurando poderosos bloques económicos a nivel mundial, la valorización del mercado latinoamericano supone aprovechar estas dinámicas y los vientos de apertura de la propia región. En forma gradual, cierta-

mente, con criterios y fórmulas flexibles, de acuerdo con el grado de compatibilidad que demuestren nuestras economías.

Pero todos los esfuerzos que realizan nuestros pueblos para su integración e inserción en la economía internacional serán inútiles, si no media la creciente comprensión y solidaridad de las naciones industrializadas, que hoy, en la práctica del comercio internacional, dista mucho de ser satisfactoria.

Nuestras aprensiones son fundadas. Los mismos países que concurren a dismantelar entre ellos sus fronteras económicas, ejercen injustas restricciones a los países en desarrollo, no sólo castigan con aranceles más altos los productos con mayor grado de elaboración, sino que toleran un complejo tejido de barreras no arancelarias que representan un obstáculo inaceptable para nuestras exportaciones.

Ha llegado la hora de que los partidarios de este tipo de proteccionismo se definan y sean consecuentes con su retórica de libre comercio. La Ronda del Gatt es la mejor oportunidad para avanzar en un trato que se ajuste a las normas de la equidad y reciprocidad. Estamos por facilitar esos acuerdos.

A nivel hemisférico, la iniciativa de las Américas —así la hemos valorado— puede y debe ser un instrumento que contribuya a allanar esos y otros obstáculos que nos entorpecen. De cualquier modo, la respuesta al proteccionismo de otros no puede ser alzar nuestras propias barreras. De acuerdo a sus posibilidades y cautelando la readecuación de sus agentes económicos, América Latina debe persistir en su apertura: recibir nuevas tecnologías, atraer inversiones, profundizar en todas las áreas y terrenos la cooperación; en definitiva, insertarse plenamente en la reestructuración global que tiene lugar, para lo cual nuestra integración resulta ser no sólo un requerimiento deseado sino indispensable.

Ella es la única garantía para que en el nuevo orden internacional, cuyos rasgos están aún por definirse, se hagan presentes los legíti-

mos intereses y aspiraciones de nuestros pueblos.

Señoras y señores:

Latinoamérica es algo más que un espacio de intercambio y de concertación política. Si estas dimensiones adquieren relevancia —y de primer orden— es porque remiten a un sustrato común; a una modalidad de vida compartida, a una lengua, una tradición, un destino que nos enlaza. En suma, a una cultura en la que nos reconocemos y afirmamos nuestra identidad.

Cultura diversa y plural, con variedad de formas y manifestaciones, y que encuentra en esa riqueza múltiple la fuerza de su dinamismo y vitalidad. Pero también, y por paradójico que parezca, una cierta tendencia a la dispersión, a los distanciamientos, a las separaciones.

Nos conocemos poco. O por lo menos, no con la intensidad y profundidad que debiéramos.

Nuestra integración, —mejor aún, nuestra integridad— pasa por la cultura. Y pasa de un modo fundamental, tal vez hoy, más que nunca, cuando somos convocados para construir en conjunto una cultura de la democracia, una cultura de la paz, una cultura de la cooperación.

Estas sólo serán posibles si arraigan en la trama de nuevos vínculos que recuperen y acrecienten la proximidad de nuestras experiencias y vivencias como latinoamericanos, tal como ellas se manifiestan en todos los dominios de la cultura: en las artes, en la literatura, en el folklore, en las ciencias exactas y humanas. Y muy especialmente en la educación, lugar donde el saber se prolonga y se renueva.

Ello traerá como necesaria consecuencia el potenciar nuestra capacidad creadora y reafirmar esa específica fisonomía de lo humano que se da en América Latina, no para encerrarnos en ella sino para abrirnos al mundo:

Nuestras distancias de alguna manera también nos han distanciado del mundo. Ahora que éste se ha convertido en una aldea globalizada,

se torna absolutamente imperioso instalarnos con propiedad en él e incorporarnos a las prodigiosas redes del conocimiento científico y tecnológico que hoy los singulariza. Requerimos de esos saberes y de esas técnicas para modernizar nuestras economías, para impulsar nuestro desarrollo social para cuidar de nuestro entorno.

Todo esto se alcanzará si previamente anulamos las distancias, grandes o pequeñas, que todavía nos separan.

En este punto quisiera recordar las palabras de uno de nuestros Premio Nobel de Literatura que ha dado esta Latinoamérica, tan pródiga en

poesía. Al aludir al hábito de los distanciamientos, que aún persiste en nosotros, este poeta y ensayista, a quien no le fuera ajeno el ejercicio de la diplomacia, ha señalado al recibir el estimado galardón:

"La conciencia de la separación es una nota constante de nuestra historia espiritual. A veces sentimos la separación como una herida y entonces se transforma en escisión interna, conciencia desgarrada que nos invita al examen de nosotros mismos, otras aparecen como un reto, espuela que nos invita a la acción, a salir al encuentro de los otros y del mundo". Esa debe ser nuestra mejor apuesta. Δ

INTEGRACION CON SELLO LATINOAMERICANO*

□ **Pompeyo Márquez**

Antes que nada voy a destacar la feliz coincidencia de tener el derecho a la palabra inmediatamente después de haberse suscrito una iniciativa tan interesante, como la encabezada por el Gobernador del Norte de Santander y los rectores de las universidades fronterizas, con los cuales mantengo una estrecha relación, dado que el Norte de Santander y Santander, son unos de los puntos de mayor confluencia en las relaciones colombo-venezolanas.

Me tocó en suerte conocer personalmente a Galán; participamos en Colombia y en otros países latinoamericanos en numerosos foros, seminarios, en los que estos temas de la paz, de la democracia, de la integración, nos hacían converger.

Incluso en su última visita a Caracas, días antes de su brutal asesinato, tuvimos una reunión con el Comité Ejecutivo del MAS, de la cual fue testigo nuestro fraterno amigo, el doctor Gustavo Gaviria González. Allí habló, así lo sentimos, el virtual Presidente de Colombia, allí se expresó en torno a los problemas de América Latina y, con especial énfasis, sobre los de Venezuela y Colombia, que seguía con bastante

atención. Pero en esa reunión, observamos a una personalidad que serenamente, con la mayor tranquilidad, no sólo expuso su pensamiento político y social, sino que además veía la muerte, a la cual desafiaba sin temores. Lamentablemente se nos extravió la grabación que hiciéramos de esas últimas palabras suyas en Venezuela, en las que yo le daba la bienvenida y luego la despedida.

Y no resisto contar que le rogué, literalmente hablando, que se quedara unos días más, para que interviniera en una reunión muy importante, convocada por la Junta del Acuerdo de Cartagena y el Parlamento Andino, llamada Cumbre Política Andina, y la cual tenía como eje la integración como un gran proyecto político, tema sobre el cual habíamos hablado en otras ocasiones, especialmente en una reunión convocada por el Presidente Alfonsín en Buenos Aires. En esta última se planteó que la integración no podía seguir siendo un problema exclusivamente económico, visto a través del lente

* Palabras del Senador de la República de Venezuela, doctor Pompeyo Márquez.

del comerciante o del industrial, sino que había que concebirla de una forma integral, global, y esa globalidad e integridad la daba justamente la connotación de un proyecto político.

Allí se planteó también que el tema debía incorporarse a los programas de los partidos, que debía estar presente en las campañas políticas, e internalizarse en la mente de los principales dirigentes de nuestros países. Sólo así dejaría de ser un asunto para que los cancilleres o las cancillerías lo utilizaran como simple retórica.

Se trataría en síntesis, de convertir la integración en un fenómeno de masas, en un fenómeno político, en un cambio cultural, que pudiese integrar los liderazgos político, económico, social; que incorporase a las universidades y que se tratase este tema como una de las soluciones que tienen nuestros países, nuestros pueblos, para salir de la crisis profunda en la cual se debaten.

Este era un pensamiento que estaba plasmado en una ponencia de esa reunión de Buenos Aires. Como lo dije ya, le rogué a Galán que se quedara pues veía que era indispensable su participación en ese evento, al que iban a concurrir más de 80 personalidades de aproximadamente 14 países latinoamericanos. Pero se excusó porque tenía justamente ese acto, donde iba a ser vilmente asesinado.

La noticia nos llegó el día de la clausura del evento, y desde ese momento se llamó, *"La cumbre política por la integración Luis Carlos Galán"*. A estas alturas, después de dos días en este Encuentro en el que se ha dialogado y analizado su pensamiento, es difícil no repetir. Pero yo quisiera subrayar lo que han dicho otros compatriotas latinoamericanos que han intervenido sobre la universalidad del pensamiento de Galán. Tenía una mente organizada, con ideas muy claras, muy definidas, y por ello sabía comunicar su pensamiento en forma clara, sin retórica. Pensamiento que podríamos calificar como de profundidad democrática, nacionalista, latinoamericana, que tomaba en consideración el hecho de que nuestros países, tenían que enfrentar esa crisis a la que hemos hecho mención todos

los que hemos hablado en estos dos días.

Galán entendió a profundidad los males de América Latina. Si algo nos acercó, y salgo del marco personal para decir esto porque fue al MAS al que se acercó el Nuevo Liberalismo desde su nacimiento, fue la forma de entender la búsqueda de una salida para esta crisis. Comenzamos por el descarte: la salida no está en los golpes de Estado. América Latina sería ejemplo elocuente si se tratase de solucionar esos problemas por la vía de los golpes de Estado; América Latina no tendría ningún problema, puesto que si algo la ha azotado es la dictadura militar. En ese sentido fue muy importante lo que dijo esta mañana el expresidente de Costa Rica, doctor Arias.

Igualmente, en la década de los setenta y más tarde, en la década de los ochenta, cuando ya se ha consolidado el MAS en Venezuela, el cual nació en 1970 después de haber recorrido algunos de nosotros la línea insurreccional, y cuando nace el Nuevo Liberalismo en 1980, era claro que tampoco la salida estaba en la lucha armada, ni en la lucha guerrillera, las cuales ya se habían agotado. No hay que ser dogmático, y por eso no digo que se hayan agotado para siempre, pero desde el punto de vista histórico lo están hoy.

Como entendimos también que está agotado cualquier esquema de funcionamiento que conduzca a la subordinación frente a un bloque de poder. Cualquier proyecto político que quiera avanzar en nuestros países, tiene que hacerlo con independencia, con libertad de pensamiento, y asumiendo una responsabilidad en la elaboración de las proposiciones y mensajes que se les hace llegar a las respectivas sociedades.

El camino para lograr los cambios puede estar por los lados de las luchas cívicas, populares, nacionales y por la vía de la integración. Y eso brota de las palabras de algunos de los que han intervenido en este Encuentro y muy especialmente de nuestros dos fraternos amigos cancilleres: el cambio y la forma de lograrlo tiene que tener un sello legítimamente latinoamericano.

Si algo ha fracasado en América Latina es la

copia de experiencias extranjeras. Hemos luchado contra el coloniaje, pero todavía tenemos un cierto coloniaje mental, con el cual debemos romper para encontrar la fuerza en la propia América Latina, y desde ella trazar las vías que deben conducirnos a una integración latinoamericana. Esa integración va a seguir muchos vericuetos; habrá integraciones subregionales, se harán por la vía bilateral o trilateral. Resumiríamos diciendo que la integración es una necesidad y una urgencia y, cuando está planteada una necesidad en el seno de una sociedad, ella se abre paso de distintas maneras.

Y así tenemos que todos esos organismos, que en las esferas política, cultural y económica están apareciendo, son pequeños arroyuelos que irán convergiendo en el gran torrente integracionista. Ahí el Pacto Andino, con su Corporación Andina de Fomento y su Fondo Andino de Reservas y su Convenio Andrés Bello y su Convenio Hipólito Inanue, buscando la manera de establecer programas de integración regional.

Y aparecen Mercosur y el Grupo de los Tres. Paradójicamente, cuando estamos hablando de una década perdida desde el punto de vista económico, cuando constatamos que la involución latinoamericana nos hace retroceder a 1968 en términos de niveles de vida, aparecen soluciones latinoamericanas para problemas latinoamericanos, como es el caso de Contadora y del Grupo de Apoyo, que luego se transformara en el Grupo de Río, y el Grupo de Río nace del Grupo de los Ocho, y éste se transforma en el Grupo de los Catorce. Las anteriores iniciativas buscaban reemplazar al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, el cual sucumbe con la guerra de las Malvinas, lo que revela con claridad que no era ese el sistema para América Latina, porque históricamente hablando ese tratado surgió dentro de los marcos de la guerra fría.

En ese sentido, valdría la pena recoger mucho del pensamiento de Galán y analizar los cambios y la manera como se comenzaron a plantear. La crisis, lejos de solucionarse sigue creciendo, porque a finales de los 70 se presenta el problema de la deuda, que no será el único porque sigue el problema de los intercambios desigua-

les, que ahora se agudizan, y viene la sustitución de las materias primas, los avances tecnológicos que reducen las ventajas que podríamos tener, gracias a una mano de obra barata. Todo ello nos obliga a revisar el conjunto de planteamientos en los cuales se basaban algunas de nuestras estrategias.

Nos planteamos en lo interno el funcionamiento de nuestros Estados, y la reforma del Estado se coloca en un primer plano. Los primeros seminarios que "Prodemocracia" comienza a realizar tocan el tema: estos Estados centralistas, burocratizados, clientelistas, corruptos, ineficaces e ineficientes, reclamaban modificación. Se veía también la necesidad de romper el centralismo, de ir a una descentralización administrativa, a una desconcentración del poder político, a la creación de poderes regionales, de poderes locales.

Se aprueba también en mi país, la elección popular de alcaldes, lo cual genera un nuevo tipo de gobierno municipal, ante la crisis de la democracia representativa, que demuestra la necesidad de una democracia participativa. Pero esa participación no puede darse si no se crean los canales para que sea efectiva.

La manera de crear esos canales de participación se encuentra en la organización de los gobiernos locales, porque es a través de ese gobierno local, cercano al ciudadano, como se puede lograr, gracias a su colaboración y participación, la solución de los problemas y el mejoramiento de las condiciones de vida.

Y este es un tema que hoy se ha convertido en la clave para el desarrollo democrático en todos nuestros países. El futuro de la democracia depende de que se pueda avanzar con éxito hacia esa descentralización, hacia esa desconcentración, hacia la participación, hacia la creación de poderes vecinales y de poderes locales desde el punto de vista administrativo.

Ha habido en las últimas décadas en nuestros países, un desarrollo sin lugar a dudas, pero a qué costo social se ha hecho: a un costo verda-

deramente inhumano, hasta el punto que Naciones Unidas, cuando hace el estudio sobre nuestros países, acude a una frase muy hermosa: "el ajuste con rostro humano". Pero es a otro tipo de ajustes a los que hemos estado sometidos y que han dado a la pobreza varios apellidos. Antes se hablaba de los pobres, hoy se habla de pobreza absoluta, de pobreza relativa, de pobreza crítica y ahora apareció un nuevo apellido: la pobreza moderada, que es la de las capas medias, arruinadas por todas estas políticas de ajustes que se están adelantando en nuestro país.

Conversamos justamente sobre cómo enfrentar el problema de América Latina. El cual tiene que ver con la situación social. No puede haber ningún sistema que merezca el calificativo de justo, cuando existe una injusticia representada fríamente en esas cifras que se encuentran en el informe sobre la pobreza del Banco Mundial.

Hablaba nuestro compañero de exposición sobre un desarrollo separado de lo social, en el que privan la tecnocracia y los índices económicos de crecimiento. Pero, ¿la gente dónde está? Revisemos el pensamiento de Galán y encontraremos un pensamiento dirigido a la gente, que toma en cuenta a la gente. Y esto es para mí uno de los aspectos más interesantes.

Para resumir, podríamos decir lo siguiente: hay que cambiar, hay que atreverse a cambiar, hay que desarrollar la democracia, pasar de lo representativo a lo participativo. Pero no podemos quedarnos en las palabras, hay que trabajar en el diseño de nuevas sociedades, y en el marco teórico instrumental con que vamos a trabajar. No se han acabado las teorías, ni se han acabado las ideas, dicen los pragmáticos, los que quieren justamente despojarnos de ideas. Pero no puede haber ningún movimiento, ni ninguna perspectiva, ni puede llevarse a una sociedad hacia una dirección, si no es con una idea, con una plataforma, con un proyecto.

Saber hacia dónde vamos es el gran desafío que tenemos. Hay una frase que a mí me gusta mucho citar, una frase que deberíamos estampar en todos nuestros actos, "o inventamos o erramos".

Nosotros tenemos que inventar. Nuestros Libertadores cuando copiaron, nos llevaron a la República Boba de 1811. Cuando comenzamos a crear, encontraron cómo comunicarse con las masas populares que seguían a los realistas y no seguían a los patriotas. Para ello tuvieron que inventar caminos que no existían. A nosotros nos corresponde inventar también los caminos. Porque se hundió el socialismo totalitario, con el cual en nuestro caso, rompimos en 1969, a raíz de la intervención soviética en Checoslovaquia, y rescatamos el contenido democrático del socialismo. Pudimos soportar todos los epítetos posibles hace 22 años cuando formamos nuestra organización, precisamente buscando la independencia, y buscando inventar.

¿Cómo está la inmensa mayoría de la humanidad, cuál es su estado, cuál es su situación? Diversos analistas de la situación mundial examinan los tres bloques de poder que están creados, el bloque asiático, el bloque europeo, y el bloque norteamericano-canadiense, y advierten algunas tendencias, no cristalizadas todavía, sobre la conformación del llamado Grupo de los Siete contra el mundo restante.

¿Qué va hacer el mundo restante? Se nos oye por separado. Por ello estamos obligados por una u otra vía, a unirnos, a integrarnos, a interrelacionarnos.

Las ideas sobre esa integración están aquí. Las tiene Galán, podría citar algunas que he escogido en las que se plantea que América Latina no tiene por qué esperar que vengan de fuera a darles lecciones de libertad, o a mostrarle los caminos de la libertad. América Latina no puede esperar que su redención provenga de la ayuda de alguna potencia extranjera, ni antigua, ni nueva en su influencia dentro de la región.

Nuestra transformación y nuestro progreso son metas que sólo pueden obtenerse gracias a nuestros propios esfuerzos y a nuestra capacidad para organizarnos políticamente y para darle otro rumbo a nuestras economías: esto lo dijo Galán en 1987, hace cuatro años.

Pero para ello tenemos que romper el colonialismo mental, porque nosotros pensamos en tecnologías e inmediatamente miramos a Estados Unidos, Japón y Europa exclusivamente. El desarrollo tecnológico medio existe aquí en nuestros países, donde tenemos ya una pléyade de científicos y técnicos, formados en las universidades de esos países, dentro del conocimiento universal, pero son latinoamericanos, son indios, mestizos, y conocen nuestras realidades. Este es el espíritu con el que tenemos que trabajar. Por eso encuentros como éste van contribuyendo a crear conciencia. Y la conciencia, repito, no se forma sino a base de ideas.

Finalmente, yo quisiera como ya lo hicieron nuestro amigo el Canciller de Colombia, y el gobernador de Santander, referirme al pensamiento de Galán sobre la frontera. El era un hombre de frontera, era de Santander, y en el siglo pasado y a comienzos de éste, los Santanderes negociaban a través justamente, de los Andes del occidente venezolano.

Es básico el pensamiento de Galán sobre esta materia. El habló de una integración que tiene un punto de confluencia en la frontera. La frontera no es para mantener tensiones, ni para tenerla armada; la frontera no es sólo para ejercicios militares, una cosa es límite y otra cosa es frontera.

Los estudiosos de este tema saben lo que significa una zona fronteriza; el límite es una raya, una zona fronteriza comprende a sus habitantes. En la nuestra hay más de cinco millones de venezolanos y colombianos a lo largo de 2.219 kilómetros, abandonados a su suerte: aquí en Bogotá no se les oye y en Caracas tampoco.

Y así era como Galán planteaba el problema. Pensaba que los programas de frontera no son sólo de los estados o departamentos fronterizos, sino programas nacionales, porque están unidos a la integridad territorial de cada país, a su seguridad nacional, ya que tales programas tienen dos planos, o dos caras, como queremos llamarlo: los desarrollos fronterizos propios de cada país y los desarrollos binacionales.

No puede haber programas de frontera sanitarios si no son binacionales, como tampoco puede haber programas migratorios, de educación o de intercambio comercial si no son binacionales. La binacionalidad en los programas fronterizos es un mandato que no puede eludirse y nosotros, ciegos y torpes, lo hemos olvidado.

Ya vendrán los discursos en 1992 en las academias y los congresos. Pero allí seguirán los pueblos indígenas que comparten las fronteras, abandonados a su suerte, sin programas específicos que puedan redimirlos.

Pues bien, esta concepción actual de las fronteras tiene que cambiar en nuestros países. La frontera no es el fin de la patria, lo hemos dicho, la frontera es la puerta hacia la integración.

Y finalmente deseo hablar del pensamiento de Galán hacia Venezuela, el cual, les confieso, nos emocionaba, porque nos compenetrábamos y, más allá, unía a su movimiento con el nuestro. Colombia y Venezuela, Venezuela y Colombia se necesitan, esa es la conclusión básica a la cual tenemos que llegar.

Tenemos problemas, problemas que se han agravado por haber abandonado las negociaciones y conversaciones, por haber firmado acuerdos que no se han cumplido. A menudo, cuando alguien dice que no tenemos nada que conversar con Colombia, le digo que por ahora hemos detectado 57 problemas en la Comisión de Asuntos Fronterizos y en la Comisión Negociadora 4, y van 62; y que si metemos un poquito más las manos, esos 62 pueden ser desglosados y superar los 70. Y dicen que no tenemos nada que conversar. Esto debe terminar y lo digo porque no soy diplomático, sino un luchador social y un comunicador social.

Tenemos problemas conflictivos, pero dos naciones no pueden vivir eternamente en un estado de tensión por un problema. No me cansaré de decir ésto y de contribuir para buscar un acuerdo.

Los compañeros chilenos y argentinos nos dieron el ejemplo; ahora nos están dando también ejemplo otra serie de países que están buscando arreglos a conflictos que son centenarios. A menudo los periodistas aquí me acosan y me dicen que el de nuestros países tiene ya 25 años. Pero no es así, éste problema nació en 1830, cuando se disolvió la Gran Colombia, así que no son 25 sino 161 años de conflictos.

Pero cuál es la salida. Yo solo veo dos: la primera es que nos armemos y busquemos a los perros de la guerra para que vengan aquí a Colombia y vendan un armamento moderno, sofisticado y después vayan a Venezuela y nos informen qué le vendieron a los colombianos y podamos así comprar un armamento mejor. Y mientras tanto no hay 30 millones de bolívars para poner en funcionamiento el hospital de Paraguiopá, que es un hospital binacional necesario para toda la línea wayú.

La otra salida es buscar las condiciones, para crear una zona desmilitarizada, en el Norte de Santander y el Táchira, donde operen programas de integración fronteriza. Los problemas de frontera no son problemas de represión, ni militares, ni los problemas de seguridad son solamente militares; son también problemas de desarrollo económico y social y nosotros estamos manejando concepciones obsoletas y anacrónicas sobre estas materias.

Mientras más complejos y más difíciles sean los problemas, como los del narcotráfico, el secuestro y la guerrilla en las zonas fronterizas, que han sido factores de perturbación en estos momentos, más necesario es conversar y sentarse en una mesa a negociar.

Porque, a menos que se produzca un cataclismo o se lance una bomba atómica más destructiva que la de Hiroshima, Venezuela y Colom-

bia tendrán que vivir, por los siglos de los siglos, una al lado de la otra.

Termino leyéndoles una carta de Galán, escrita en agosto de 1989, días antes de su muerte. Dice así:

"Venezuela ha sido siempre el país más importante en nuestras relaciones exteriores, diferentes ópticas para evaluar nuestra condición de vecinos habían obstruido las aproximaciones necesarias para armonizar objetivos y tareas de interés recíproco para nuestras naciones. Por fortuna se han presentado nuevas circunstancias que han creado en pocos meses, un clima de entendimiento y cooperación, como hacía muchos años no habíamos visto.

"Es pertinente por lo tanto preguntarnos, hacia dónde van ambos países en la próxima década y qué camino pueden recorrer juntos. Las posibles áreas de cooperación entre Colombia y Venezuela son innumerables, como lo demuestra la nutrida agenda de la comisión binacional de buena vecindad.

"Van desde lo infraestructural, como carreteras y ferrocarriles, pasando por la creación y explotación conjunta de fuentes de energía hidráulica y fósil, hasta llegar a áreas tan trascendentales como la integración educativa, cultural y de medios de comunicación.

Agradezco su presencia en este Encuentro y creo que del mismo se derivarán muy valiosos aportes que enriquecerán la agenda de las comisiones binacionales y múltiples acciones futuras de los dos Estados y de los diversos sectores social y económico de Venezuela y Colombia".

Este era el pensamiento de Galán con respecto a las relaciones colombo-venezolanas. Y yo lo comparto. Δ

LA PAZ INTEGRAL *

□ Orlando Gaitán

Es para mí y para la A.T.C.C. un orgullo participar en el II Encuentro Latinoamericano por la Paz y la Integración y a la vez conmemorar el segundo aniversario de la muerte del doctor Luis Carlos Galán Sarmiento, líder político de Colombia y modelo de pensador de la democracia que nuestro país sueña para saborear la paz que nos han negado aquellas minorías inteligentes.

Paz y democracia son palabras que están en Colombia y en el mundo entero de moda. De paz hablan el niño, el padre de familia, el pobre, el rico, el guerrillero, el narcotraficante, el paramilitar, el político y el campesino. Pero a veces nos preguntamos qué clase de paz estamos apoyando cada uno de nosotros. Y ya es hora de que reflexionemos sobre qué es la paz y qué debemos hacer para lograrla. La paz no es una utopía y aún más no es frágil. Así la entendemos en nuestra región del Carare. Los frágiles somos las personas que creemos en lo negativo de la paz. La paz es la educación y desarrollo de un pueblo. Pero para que haya paz debe estar el país en orden y para que haya orden es necesario tener justicia y para que tengamos justicia es necesario la libertad.

La educación y la concientización para lograr la paz está en la auto-gestión personal que se le permita a cada colombiano educarse en su propio medio y desarrollarse como tal y dar ejemplo

de paz en cada uno de sus actos. Así detectaremos que hay líderes en todos los rincones de Colombia y en todos los estamentos del Estado. El gran pecado del egocentrismo, en la cual hemos caído por el afán de adquirir poder y dinero fácil, nos han llevado a mirar la violencia política de cerca y a sentirla, sin tener en cuenta el valor del ser humano. Y aún más obligando a este a vivir con el temor de demostrar sus nobles ideales para luego ser perseguidos.

Si le damos un vistazo a los Derechos Humanos, se dice que toda persona tiene derecho a vivir y a pensar libremente. Pero quienes dicen ser los héroes defensores de esos derechos terminan violándolos sin que para ellos haya castigo alguno. Sólo se trata de camuflaje de la defensa de los mismos. Y esos en su afán de defender los propios, terminan violando nuestros propios derechos.

El diálogo, el entendimiento, la unificación de ideas y de criterios es el arma que permite el acercamiento entre compatriotas y extranjeros, sin mirar con indiferencia a aquel que está a nuestro lado, que tiene otros ideales y criterios que no son los nuestros. Debemos analizar la

* Intervención de Orlando Gaitán, líder de los campesinos del Carare.

problemática que nos divide para lograr la paz y el desarrollo de nuestra vida personal, familiar y social. Eduquémonos para la paz integral que es uno de los temas de este Segundo Encuentro Latinoamericano en memoria del doctor Luis Carlos Galán.

El compromiso que hoy asumimos es llenar los espacios con los cuales contamos para la educación del niño, del adulto y del anciano, con el fin de estar preparados y no caer en la trampa de la violencia y sus desafíos. La paz sin armas trae paz y la guerra con las armas trae más guerra, el diálogo nos acerca a la convivencia y la falta de diálogo nos aísla aunque estemos cerca.

¿Cómo podemos llegar a la paz si dentro de nuestras comunidades está aquel que entrena, el que paga y el que mata y cuándo sabemos que el niño sicario y el joven son también víctimas de la violencia?

Queridos compatriotas, debemos sacrificar el hielo que nos cubre, quitarnos el antifaz y romper lo que en pasado la A.T.C.C., llamó "LA CRIMINAL LEY DEL SILENCIO". Y así crear conciencia en las multitudes que la paz no se gana con matar o amenazar mediante el terror porque ello nos lleva a la destrucción y no a la construcción de la paz y de nuestro país.

En la intervención del día anterior el Señor Procurador nos habló de una corrupción administrativa y nos invitó a luchar para lograr los objetivos de la paz y la democracia. En verdad es lastimoso que miles de compatriotas nuestros tengan que vivir en el exilio por la falta de garantías en el nuestro o porque no piensan o actúan como quieren que actúen los que no creen en la paz.

Queridos Compatriotas:

Ha llegado la hora de decir NO a todas aquellas fuerzas oscuras que en el pasado y en el presente nos han arrancado la tranquilidad y la democracia, decir NO a las armas que quieren dogmatizarnos con ideologías extranjeras para manejar nuestro país según sus intereses políticos y económicos y también a aquellos que han querido marcarnos como enemigos suyos, por no tolerar sus filosofías y han querido declararnos una guerra sucia para destruir lo que hoy estamos gestando cada uno de nosotros.

Vamos a autogestionar en nuestras familias el proceso de paz familiar y social. Es el homenaje más grato para nuestros líderes, que han ofrendado su vida por conseguirla porque probaría la verdad de esa frase que dijera el doctor Luis Carlos Galán, la frase que el doctor Luis Carlos Galán nos ha dejado a todos los colombianos: "A los hombres se les elimina pero a las ideas no". Δ

Las Fotos de GALAN

*Imágenes premiadas en el
Concurso convocado por la Fundación
Luis Carlos Galán.*



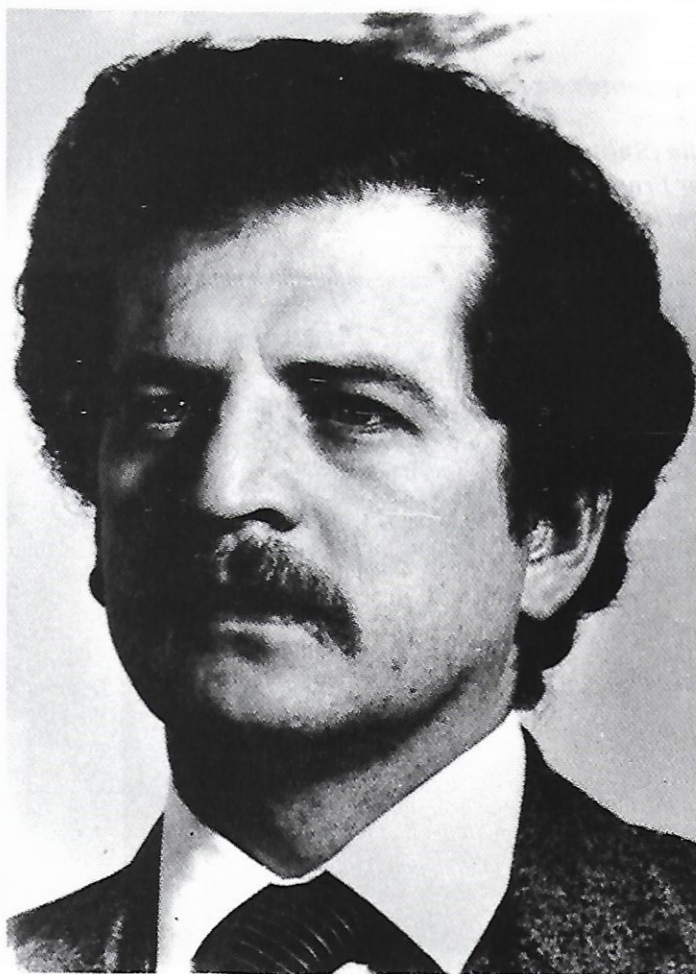
*Constituyentes de Primaria
Tito Casas
El Valle (Santander), 1972
Primer Premio
Categoría Profesional*



*Expectativas
Beatriz Góngora de García
Bogotá, 1988
Primer Premio
Categoría Aficionado*



*Sin Título
Enrique Motta Z.
Charalá (Santander), 1973
Segundo Premio
Categoría Aficionado*



*Sin Título
Saúl Ordúz Vega
Bogotá, 1976
Primera Mención
Categoría Profesional*



Con el Poder del Pueblo
Hugo Jairo Higuera
Pitalito (Huila)
1981



En Primera Línea
Manuel Rodríguez
Bogotá, 1984
Segunda Mención
Categoría Profesional



El Orador
Alberto Castilla
Bogotá, 1988
Segunda Mención
Categoría Aficionado



*Campesino Educado
Tito Casas
Santander, 1972
Tercera Mención
Categoría Profesional*



*Sin Título
Carlos Peña
Cumaral (Meta)
Tercera Mención
Categoría Aficionado*